

The book cover features a photograph of a young woman with long black braids and a white baptismal garment, smiling. Behind her is a man with a beard and glasses, also smiling. The background is a natural outdoor setting with rocks and foliage. The title 'Inmerso' is written in large white letters across the middle, and the author's name 'Timothy Downing' is at the top. A decorative border of blue and gold geometric shapes is on the left and top right.

Timothy Downing

Inmerso

Guía para el bautismo en la
Iglesia de Dios

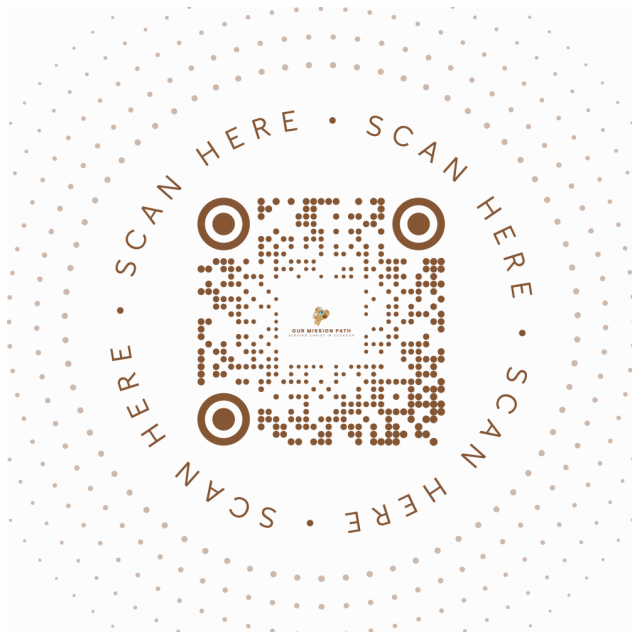
Inmerso

Guía para el bautismo en la Iglesia de Dios

© 2024 Timothy Downing

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro (excepto citas breves en artículos o reseñas) sin el permiso por escrito del titular de los derechos de autor.

Timothy Downing
downing@ourmissionpath.com
www.ourmissionpath.com





Dedicatoria:

A los buscadores del agua viva, aquellos que se encuentran en el umbral de la transformación, listos para sumergirse en las profundidades de la gracia divina:

Este libro está dedicado con cariño a ti, querido lector, que has sentido la suave pero persistente llamada a sumergirte en el profundo misterio del bautismo. Como una piedra lanzada a aguas tranquilas, que las ondas de tu decisión se extiendan mucho más allá de ti mismo, llegando a las orillas de la eternidad.

A los ancianos de nuestra fe, cuyo compromiso inquebrantable con la verdad ha mantenido las aguas de nuestra tradición puras y refrescantes a lo largo de los siglos: su firme devoción ha preservado este rito sagrado, asegurando que cada nueva generación pueda beber profundamente de la fuente de la salvación.

A los jóvenes, cuyos corazones arden con pasión por la autenticidad y cuyos espíritus anhelan una fe más profunda que la mera tradición: que encuentren en estas páginas no solo respuestas, sino también preguntas que los lleven a sondear las profundidades del amor infinito de Dios.

Al movimiento de la Reforma de la Iglesia de Dios, un faro de luz en un mundo a menudo envuelto en la oscuridad

espiritual: que esta obra sirva como un humilde tributo a su inquebrantable compromiso con la verdad bíblica y la renovación espiritual.

Y, por último, a Aquel que separa las aguas, que convierte los desiertos en oasis, que calma las tormentas y camina sobre las olas: nuestro Señor Jesucristo. Que este libro refleje, aunque sea vagamente, la magnificencia de su obra redentora y las insondables profundidades de su amor.

Al embarcarse en este viaje a través de las páginas que siguen, que no solo lea sobre la inmersión, sino que se sumerja verdaderamente en el poder transformador de la gracia de Dios. Deje que las aguas de Su amor lo envuelvan, lo limpien y lo impulsen hacia una vida vivida plenamente en el abrazo de lo Divino.

Prólogo: Inmerso

En las tranquilas profundidades de un antiguo río, se desarrolla una historia más antigua que el tiempo mismo. Las aguas, que una vez fueron testigo del nacimiento de la creación, ahora están listas para abrazarte en un acto de profunda transformación. Al acercarte a la orilla, querido buscador, detente un momento y considera el viaje que te ha traído hasta aquí, a este umbral sagrado entre tu antigua vida y la nueva.

El bautismo, como el río que tienes ante ti, no es solo una experiencia superficial. Es una inmersión en el corazón mismo del misterio divino, una zambullida en las insondables profundidades del amor de Dios. Mientras te preparas para entrar en estas aguas, ten presente que estás siguiendo los pasos de innumerables almas que te han precedido, desde los israelitas que cruzaron el Mar Rojo hasta los conversos de Juan el Bautista en el Jordán, e incluso nuestro Señor Jesucristo mismo.

Pero no nos conformemos con una comprensión superficial. Sumergirse verdaderamente es permitir que cada fibra de tu ser se sature con la realidad de la gracia de Dios. Es dejar que las corrientes de su misericordia limpien no solo las manchas evidentes, sino también los sedimentos ocultos del pecado que se han depositado en lo más profundo de tu corazón.

Mientras lees estas páginas, te invito a sumergirte más profundamente que nunca. Desafía las cómodas suposiciones que pueden haberte mantenido vadeando en las aguas poco profundas de la fe. Explora las profundas verdades teológicas que se esconden bajo la superficie de este acto aparentemente sencillo. Porque en el bautismo encontramos una hermosa paradoja: una inmersión momentánea que conduce a la elevación eterna, una muerte simbólica que da paso a la verdadera vida.

Recuerda, querido lector, que las mismas aguas que ahogan también purifican; las mismas profundidades que aterrorizan también transforman. Mientras te preparas para tu bautismo, o reflexionas sobre uno pasado hace mucho tiempo, permítete sumergirte por completo, no solo en el agua, sino en el amor abrumador y omnipresente del Padre, el sacrificio redentor del Hijo y la presencia empoderadora del Espíritu Santo.

Que este libro le sirva de guía mientras navega por estas aguas sagradas. Deje que le desafíe, le inspire y, en última instancia, le lleve a una experiencia más profunda, más rica y más inmersiva.



Parte I: El manantial de la fe

En el vasto panorama de la teología cristiana, pocos temas agitan las aguas de la introspección como el bautismo. Es una práctica tan antigua como la propia fe, pero tan fresca y relevante como el rocío de la mañana. Al embarcarnos en este viaje para explorar las profundidades del bautismo, acerquémonos con el corazón y la mente abiertos, dispuestos a ser desafiados, inspirados y tal vez incluso transformados.

Las raíces radicales

Excavando bajo la superficie: desenterrando las prácticas de la iglesia primitiva

Imaginemos, si se quiere, una pala desgastada por el tiempo perforando la tierra de la historia. Con cada vuelta de tierra, descubrimos fragmentos de una práctica que en su día sacudió los cimientos del mundo antiguo. El enfoque de la iglesia primitiva respecto al bautismo fue nada menos que revolucionario.

En palabras de Tertuliano, uno de los primeros padres de la iglesia, encontramos una descripción sorprendente: «Cuando vamos a entrar en el agua, pero un poco antes, en presencia de la congregación y bajo la mano del presidente, profesamos solemnemente que renegamos del

diablo, de su pompa y de sus ángeles» (Sobre la corona, 3:2).

No se trataba de un simple baño, ni de un ritual casual. Era una declaración de guerra contra los poderes de las tinieblas, una renuncia pública a la antigua vida. Los primeros creyentes entendían el bautismo como una ruptura radical con el mundo, un momento decisivo de transferencia del reino de las tinieblas al reino de la luz.

Pero, ¿por qué hemos domesticado esta práctica salvaje? ¿Hemos diluido, en nuestra búsqueda de comodidad y aceptación, la potencia de este rito sagrado? Quizás sea hora de permitir que el espíritu indómito del bautismo cristiano primitivo desafíe nuestras interpretaciones modernas, tan cuidadosamente empaquetadas.

La contracorriente: el surgimiento del anabautismo en la Reforma

A medida que nos adentramos en la historia, nos encontramos con una poderosa contracorriente en las turbulentas aguas de la Reforma. Los anabaptistas, a menudo pasados por alto en las narraciones dominantes de la historia de la Iglesia, volvieron a situar el bautismo en el primer plano del discurso teológico.

Menno Simons, uno de los líderes anabaptistas más destacados, escribió: «La verdadera fe evangélica no puede permanecer inactiva. Viste al desnudo, alimenta al hambriento, consuela al afligido, da cobijo al indigente,

sirve a quienes le hacen daño, cura al herido, se ha convertido en todo para todas las personas».

Para los anabaptistas, el bautismo no era solo un concepto teológico, sino una realidad vivida. Era el comienzo de una vida totalmente dedicada a Cristo, a menudo en oposición directa a las normas culturales y religiosas imperantes. Su insistencia en el bautismo de adultos tras la confesión de fe no era solo una distinción doctrinal, sino una reorientación radical de toda la vida.

¿Estamos preparados para adoptar hoy en día una postura tan contracultural? ¿Nos impulsa nuestro bautismo a una vida de discipulado radical, o se ha convertido en una simple casilla más que marcar en el ámbito religioso?

Calcular el costo: el martirio y el bautismo de sangre

A medida que profundizamos en los anales de la historia cristiana, nos encontramos con una realidad aleccionadora: para muchos, las aguas del bautismo conducían directamente al fuego del martirio. La expresión «bautismo de sangre» no era una mera floritura poética, sino una cruda realidad para innumerables creyentes.

Ignacio de Antioquía, escribiendo en su camino hacia el martirio en Roma, declaró: «Soy el trigo de Dios. Dejad que me muelan los dientes de las fieras, para que sea hallado pan puro de Cristo» (Carta a los Romanos, 4:1).

Esta conexión entre el bautismo y el martirio nos obliga a enfrentarnos a una pregunta incómoda: ¿Estamos

dispuestos a morir por la fe que profesamos en el bautismo? ¿Hemos calculado realmente el costo de seguir a Cristo?

El Movimiento de Reforma de la Iglesia de Dios, con su énfasis en la santidad y la separación del mundo, se hace eco de este compromiso radical. Como escribió D. S. Warner, uno de sus primeros líderes: «El camino de la cruz conduce al hogar».

Una inmersión consciente

La edad de la responsabilidad: cuando el corazón está preparado, no cuando lo dicta la tradición.

Al pasar de las raíces históricas a la aplicación personal, debemos lidiar con una pregunta crucial: ¿Cuándo está uno listo para el bautismo? El concepto de «edad de responsabilidad» nos desafía a mirar más allá de la mera edad cronológica y fijarnos en la condición del corazón.

Las Escrituras nos proporcionan una guía en Hechos 8:36-37, donde el eunuco etíope le pregunta a Felipe: «Mira, aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado?». La respuesta de Felipe es reveladora: «Si crees de todo corazón, puedes».

Este diálogo subraya una verdad fundamental: la preparación para el bautismo es una cuestión del corazón, no del calendario. No se trata de alcanzar una determinada

edad, sino de llegar a un punto de fe consciente y comprometida en Cristo.

La insensatez del bautismo infantil: por qué rociar agua no puede limpiar la conciencia

Aquí debemos andar con cuidado, pero hablar con sinceridad. La práctica del bautismo infantil, aunque está impregnada de tradición y sentimentalismo, no se ajusta al modelo bíblico del bautismo como acto consciente de fe.

El apóstol Pedro describe el bautismo como «no la eliminación de la suciedad del cuerpo, sino la promesa de una conciencia limpia ante Dios» (1 Pedro 3:21). ¿Cómo puede un bebé hacer tal promesa?

Charles Spurgeon, aunque no pertenecía a la tradición de la Iglesia de Dios, expresó este punto con contundencia: «No tengo conocimiento de que en ningún lugar se nos mande bautizar a los niños que aún no han llegado al conocimiento del bien y del mal... Si esto no es un mandato, ¿qué derecho tenemos entonces a hacerlo?».

El valor de elegir: el bautismo como un acto radical de lealtad a Cristo

En un mundo que valora la autonomía y la autodeterminación, elegir el bautismo es un acto radical de sumisión a Cristo. Es una declaración pública de que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que le pertenecemos por completo a Él.

Dietrich Bonhoeffer, escribiendo a la sombra de la Alemania nazi, lo entendió bien: «Cuando Cristo llama a un hombre, le invita a venir y morir». El bautismo es la puesta en práctica de esta muerte a uno mismo y el renacimiento en Cristo.

Morir para vivir

La tumba acuática: más que un símbolo, una realidad espiritual

Al llegar al corazón de la teología bautismal, debemos enfrentarnos a una profunda paradoja: para vivir verdaderamente, primero debemos morir. El apóstol Pablo capta este misterio en Romanos 6:3-4: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Por lo tanto, fuimos sepultados con él mediante el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros vivamos una nueva vida».

El bautismo no es solo un símbolo, sino una realidad espiritual. Al sumergirnos en las aguas, participamos en la muerte de Cristo. Al salir, participamos en su resurrección. No se trata de un mero ritual, sino de un drama cósmico que se desarrolla en la vida de cada creyente.

Resucitar con Cristo: el poder de la resurrección en la vida cotidiana

Pero, ¿qué significa vivir una vida resucitada? Significa que cada día elegimos morir a nuestra vieja naturaleza y vivir en el poder de la resurrección de Cristo. Como exhorta Pablo en Colosenses 3:1-2: «Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra».

Esta es la manifestación diaria de nuestra identidad bautismal. Es una elección constante del Reino de Dios por encima de los reinos de este mundo. Es permitir que el poder que resucitó a Cristo de entre los muertos obre en nosotros y a través de nosotros, transformando no solo nuestras vidas individuales, sino también el mundo que nos rodea.

Una nueva creación: el creyente bautizado como crítica viva del mundo

Por último, debemos reconocer que en el bautismo nos convertimos nada menos que en una nueva creación. Como declara Pablo en 2 Corintios 5:17: «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, lo nuevo ha llegado!».

Esta nueva identidad nos pone en contradicción con los valores y sistemas del mundo. Nuestra propia existencia se convierte en una crítica del statu quo. Al vivir nuestra identidad bautismal, desafiamos las definiciones del mundo sobre el éxito, la felicidad y el propósito.

Al concluir esta exploración del bautismo, preguntémonos: ¿Estamos viviendo como quienes han muerto con Cristo y han resucitado a una nueva vida? ¿Nos impulsa nuestro bautismo a una vida radical y transformadora? ¿O hemos permitido que las aguas de nuestro bautismo se evaporen en el calor de las preocupaciones mundanas?

Que recuperemos las raíces radicales de nuestra identidad bautismal, nos sumerjamos consciente y valientemente en las profundidades de la muerte y resurrección de Cristo, y emerjamos como nuevas creaciones, listas para vivir y morir por el Reino de Dios. Porque en esta muerte, realmente comenzamos a vivir.

Preguntas para el crecimiento

1. En el jardín de tu fe, ¿qué raíces indómitas del bautismo cristiano primitivo yacen dormidas, esperando ser desenterradas? ¿Cómo podría el redescubrimiento de estas raíces transformar tu comprensión de este rito sagrado, pasando de ser una mera tradición religiosa a un acto revolucionario de guerra espiritual?

2. Imagina tu bautismo como un río. ¿Fluye suavemente dentro de las cómodas orillas del cristianismo cultural, o surge como una poderosa contracorriente, remodelando el paisaje de tu vida? ¿Cómo puedes permitir que este río cave canales más profundos de discipulado radical en tu caminar diario?

3. Si su compromiso bautismal se pesara en la balanza del martirio, ¿se encontraría deficiente? ¿De qué manera puede cultivar una fe tan arraigada en Cristo que se mantenga firme incluso ante la persecución, haciéndose eco de la voluntad de Ignacio de ser «el trigo de Dios»?

4. Imagina el bautismo como una puerta entre dos reinos. A un lado está el reino del autogobierno, al otro, el reino de Dios. ¿Qué miedos, dudas o apegos mundanos podrían estar impidiéndote atravesar este portal de transformación? ¿Cómo puede inspirarte el severo recordatorio de Bonhoeffer de que Cristo nos llama a «venir y morir» para abrazar la naturaleza radical y contracultural del verdadero bautismo?

5. Imagina tu vida como un jardín. Las aguas del bautismo han empapado su suelo, creando el potencial para un nuevo crecimiento. ¿Qué plantas viejas e infructuosas (hábitos, mentalidades o apegos) debes arrancar a diario para dejar espacio al florecimiento de tu nueva creación en Cristo? ¿Cómo podría este proceso de «morir para vivir» transformar no solo tu parcela personal, sino el panorama más amplio de tu comunidad?

6. En el gran teatro de la existencia, el bautismo nos asigna un papel revolucionario: el de crítica viva al statu quo del mundo. ¿Cómo desafía esta realidad espiritual tu comprensión del éxito, el propósito y la realización? ¿De qué manera aceptar tu identidad bautismal puede parecer nadar contra la corriente de las normas sociales, y cómo puedes encontrar el valor para mantener esta postura contracultural?

Parte II: Los rápidos del discipulado

A medida que nos adentramos en las aguas del bautismo, nos vemos arrastrados por las rápidas corrientes del discipulado. El viaje que sigue no es para los débiles de corazón, sino para aquellos que se atreven a sumergirse en las profundidades de la fe y emerger transformados. Exploremos el camino desafiante pero gratificante que se abre ante el creyente bautizado.

El camino estrecho

Separarse del mundo: la iglesia visible de los verdaderos creyentes

Imagina, si quieres, un río que se divide en dos canales. Uno es ancho, tranquilo y atractivo: el camino de menor resistencia. El otro es estrecho, turbulento y aparentemente traicionero. Es este canal estrecho por el que Cristo nos llama a navegar cuando dice: «Entrad por la puerta estrecha. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mateo 7:13-14, NVI).

El acto del bautismo es más que una simple inmersión en el agua; es una elección deliberada de separarse del mundo y unirse a la iglesia visible de los verdaderos creyentes. Como escribió una vez D. S. Warner, destacado líder del Movimiento de Reforma de la Iglesia de Dios: «La Iglesia de Dios está compuesta por todas las personas espiritualmente regeneradas, y es la única y verdadera Iglesia de Dios». Esta separación no se refiere al aislamiento físico, sino más bien a una distinción espiritual que separa el cuerpo de Cristo del mundo.

El obstáculo de la inconformidad: por qué el bautismo exige diferencia

Las aguas del bautismo no solo lavan nuestros pecados, sino también nuestra conformidad con el mundo. Al salir de estas aguas, somos llamados a una vida de inconformidad que a menudo sirve como un obstáculo para quienes nos rodean. El apóstol Pablo nos recuerda: «No se amolden al patrón de este mundo, sino transfórmense mediante la renovación de su mente» (Romanos 12:2, NVI).

Esta inconformidad no es rebelión por rebelión, sino una consecuencia natural de nuestra naturaleza transformada en Cristo. Como observó el erudito cristiano primitivo Tertuliano: «Si no hay diferencia entre nosotros y el mundo, ¿por qué no volvemos al mundo?». El bautismo exige diferencia porque significa un cambio fundamental en nuestra lealtad e identidad.

Nadar contra corriente: el reto de vivir contraculturalmente

Ser bautizado es elegir nadar contra la corriente de las normas culturales y las expectativas sociales. Es similar al viaje instintivo del salmón río arriba: desafiante, agotador, pero en última instancia necesario para la perpetuación de la vida. Como creyentes, estamos llamados a este viaje contracultural, no por el deseo de ser diferentes, sino porque nuestros corazones transformados nos impulsan a vivir de manera diferente.

John Wesley, cuyas enseñanzas influyeron enormemente en el movimiento de la Iglesia de Dios, dijo: «Lo que una generación tolera, la siguiente lo aceptará». Esta aleccionadora verdad subraya la importancia de nuestra postura contracultural. Al nadar contra corriente, no solo preservamos nuestra propia integridad espiritual, sino que también creamos una estela que guía a las generaciones futuras hacia Cristo.

La comunidad de los comprometidos

Unidos por el agua: la formación de una nueva familia

Las aguas del bautismo hacen más que limpiar; unen. Al salir de estas aguas, nos encontramos formando parte de una nueva familia: el cuerpo de Cristo. Este parentesco espiritual suele ser más profundo que los lazos sanguíneos,

unidos por un compromiso compartido con Cristo y sus enseñanzas.

El padre de la Iglesia primitiva, Cipriano de Cartago, expresó maravillosamente este concepto: «No puedes tener a Dios como padre si no tienes a la Iglesia como madre». Esta nueva familia, unida por las aguas del bautismo, se convierte en nuestro sistema de apoyo, nuestros compañeros de responsabilidad y nuestros compañeros de viaje en el camino estrecho.

Responsabilidad mutua: el hierro afila el hierro en el cuerpo de Cristo

Dentro de esta nueva familia, encontramos un nivel de responsabilidad que el mundo rara vez ofrece. Como nos dice Proverbios 27:17 (NVI): «Como el hierro afila el hierro, así una persona afila a otra». Este afilado mutuo no siempre es cómodo, pero siempre es necesario para nuestro crecimiento espiritual.

En palabras de Charles E. Brown, una figura influyente en el movimiento de la Iglesia de Dios: «La iglesia no es un museo para santos, sino un hospital para pecadores». Esta perspectiva nos recuerda que nuestra comunidad no se trata de la perfección, sino del progreso: cada miembro ayuda a los demás a crecer más como Cristo a través de la responsabilidad amorosa.

El sacerdocio de todos los creyentes: cada miembro es un ministro

En la comunidad bautizada, todos los creyentes están llamados al ministerio. Este concepto, conocido como el sacerdocio de todos los creyentes, fue una piedra angular de la Reforma y sigue siendo fundamental para el movimiento de la Iglesia de Dios. Como escribe Pedro: «Pero ustedes son un pueblo escogido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios, para que proclamen las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pedro 2:9, NVI).

Esta verdad democratiza el ministerio, eliminando la división artificial entre el clero y los laicos. Como afirmó A.T. Rowe, otro líder de la Iglesia de Dios: «Cada miembro del cuerpo de Cristo es ministro en alguna medida». Cuando aceptamos esta verdad, las aguas bautismales se convierten en los óleos de la ordenación que nos comisionan para el servicio en el reino de Dios.

La ética de los bautizados

El Sermón del Monte: un manifiesto para los bautizados

Para los bautizados en Cristo, el Sermón de la Montaña se convierte en algo más que una hermosa poesía: se convierte en un manifiesto práctico para la vida cotidiana. Estas enseñanzas de Jesús, que se encuentran en los capítulos 5-7 de Mateo, proporcionan un marco ético que a menudo contrasta fuertemente con los valores mundanos.

Consideremos las Bienaventuranzas, donde Jesús pronuncia bendiciones sobre los pobres de espíritu, los mansos y los perseguidos. Estos no son los valores que celebra nuestra cultura impulsada por el éxito, pero constituyen la base de la ética del creyente bautizado. Como escribió el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer: «Los seguidores de Jesús han sido llamados a la paz. ... Y con ese fin han renunciado a toda violencia y tumulto».

Amar a los enemigos: la no violencia radical de la comunidad bautizada

Quizás ninguna enseñanza de Jesús sea más desafiante —o más contracultural— que su mandato de amar a nuestros enemigos. Esta no violencia radical no es una aceptación pasiva del mal, sino una fuerza activa que busca vencer el mal con el bien.

Martin Luther King Jr., profundamente influenciado por el espíritu no violento del cristianismo, dijo: «La oscuridad no puede expulsar a la oscuridad; solo la luz puede hacerlo. El odio no puede expulsar al odio; solo el amor puede hacerlo». Este compromiso con el amor, incluso ante la hostilidad, es un sello distintivo de la comunidad bautizada y un poderoso testimonio del poder transformador de Cristo.

Compartir lo económico: el desafío del bautismo al individualismo y la codicia

Las aguas del bautismo no solo nos purifican espiritualmente, sino que también limpian nuestro apego a

las posesiones materiales. La iglesia primitiva, tal y como se describe en Hechos 2:44-45, compartía todo lo que tenía, asegurándose de que nadie entre ellos pasara necesidad. Este enfoque comunitario de los recursos contrasta radicalmente con el individualismo y la codicia que a menudo se celebran en nuestra cultura consumista.

Como desafió D. S. Warner: «¿Cómo podemos afirmar que amamos a nuestro hermano si lo vemos necesitado y, sin embargo, cerramos nuestro corazón ante él?». Esta ética económica radical no es socialismo, sino más bien un compartir voluntario nacido del amor a Cristo y a su cuerpo. Nos desafía a no aferrarnos a nuestras posesiones, reconociendo que todo lo que tenemos es un regalo de Dios para ser utilizado para su gloria y el bien de su pueblo.

En conclusión, los rápidos del discipulado que siguen al bautismo no son para los débiles de corazón. Nos exigen navegar por el camino estrecho, formar vínculos profundos dentro de la comunidad de los comprometidos y vivir una ética contracultural que a menudo nos pone en conflicto con el mundo que nos rodea. Sin embargo, al navegar por estos rápidos, descubrimos que nos llevan hacia una relación más profunda con Cristo y una expresión más auténtica de su amor en el mundo.

Al cerrar este capítulo, reflexionemos sobre las palabras del apóstol Pablo: «He sido crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. La vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó por mí» (Gálatas 2:20, NVI). Que nuestro bautismo sea más que un recuerdo, sino una realidad

cotidiana mientras navegamos por los emocionantes, desafiantes y, en última instancia, gratificantes rápidos del discipulado.

Preguntas para crecer

1. En el río de la vida, Cristo nos llama a navegar por el canal estrecho y turbulento en lugar del ancho y tranquilo. Reflexiona sobre tu propio camino espiritual: ¿Qué corrientes cómodas estás dejando que te lleven, tal vez sin siquiera darte cuenta? ¿Cómo podría la elección del «camino estrecho» transformar no solo tu destino, sino la esencia misma de en quién te estás convirtiendo?

2. El bautismo lava nuestra conformidad con el mundo y nos llama a una vida que puede servir de piedra de tropiezo para otros. ¿En qué áreas de tu vida te encuentras inconscientemente mezclándote con los patrones del mundo? ¿Cómo podría el hecho de abrazar tu identidad bautismal como una «paradoja viviente» —en el mundo, pero no del mundo— desafiar e inspirar a quienes te rodean a buscar una verdad más profunda?

3. John Wesley advirtió que lo que una generación tolera, la siguiente lo aceptará. Mientras nada contra la corriente cultural, ¿qué estela estás dejando para las generaciones futuras? ¿Cómo podrían tus actos aparentemente pequeños de fidelidad contracultural hoy crear ondas que guíen a otros hacia Cristo mañana? ¿Y cómo cambia esta perspectiva la forma en que ves los retos diarios de vivir tu fe?

4. Cipriano de Cartago habla de la Iglesia como nuestra madre y de Dios como nuestro Padre. ¿De qué manera tu experiencia dentro del cuerpo de Cristo te ha nutrido, desafiado y moldeado? ¿Cómo podría esta metáfora familiar profundizar tu comprensión de tu papel y tus responsabilidades dentro de la Iglesia, y cómo contrasta con la noción de individualismo del mundo?

5. El concepto de «el hierro afila el hierro» sugiere que el crecimiento espiritual a menudo se produce a través de la fricción y los desafíos dentro de nuestra comunidad de fe. Reflexiona sobre un momento en el que hayas sido «afilado» por un compañero creyente. ¿Cómo contribuyó esta experiencia, aunque quizás incómoda, a tu formación espiritual? A su vez, ¿cómo podría Dios estar llamándote a «afilar» amorosamente a otros en tu comunidad de fe?

6. El sacerdocio de todos los creyentes implica que cada uno de nosotros está llamado a ejercer algún tipo de ministerio. Sin embargo, muchos de nosotros rehuimos este llamado, tal vez porque nos sentimos poco cualificados o indignos. ¿Qué «aceites de ordenación» ocultos podría haber derramado Dios ya sobre tu vida, equipándote para el ministerio de formas que has pasado por alto? ¿Cómo podría transformar tu comprensión de la vida cotidiana y las interacciones como oportunidades para el servicio al reino el hecho de aceptar esta verdad?

7. El Sermón de la Montaña nos desafía a abrazar valores que a menudo van en contra de la definición de éxito de nuestra cultura. ¿Cómo cambiaría tu vida si

encarnaras plenamente las Bienaventuranzas? ¿De qué manera esta transformación sería un poderoso testimonio para el mundo de la naturaleza invertida del reino de Dios?

8. El mandato de Cristo de amar a nuestros enemigos es un llamado radical en un mundo a menudo impulsado por la venganza y el interés propio. Reflexiona sobre una situación en la que te haya costado amar a alguien que te ha hecho daño. ¿Cómo podría cambiar tu perspectiva y tus acciones el hecho de ver a esta persona a través del lente del amor sacrificial de Cristo? ¿Cómo sería buscar activamente su bien y cómo podría esto actuar como una fuerza transformadora en la vida de ambos?

9. La práctica de compartir los bienes económicos de la iglesia primitiva presenta un marcado contraste con nuestra sociedad individualista. ¿En qué medida tu enfoque actual respecto a las posesiones y los recursos se ajusta o se aleja de este modelo bíblico? Si te tomaras en serio la idea de que todo lo que tienes es un regalo de Dios para ser utilizado para su gloria y el bien de los demás, ¿qué cambios específicos tendrías que hacer en tu vida? ¿Cómo podrían estos cambios profundizar tu dependencia de Dios y tu conexión con el cuerpo de Cristo?

Parte III: Las profundidades de la vida en el Reino

Al sumergirnos en las profundidades de la vida en el reino, debemos reconocer que el acto del bautismo no es solo un gesto simbólico, sino una profunda declaración de lealtad que repercute en todos los aspectos de nuestra vida. Como una piedra lanzada a aguas tranquilas, las ondas de nuestro compromiso bautismal se extienden mucho más allá del momento de la inmersión, llegando a las orillas de nuestro compromiso político, nuestro llamado misionero y nuestra comprensión de lo que significa ser la iglesia.

Una nueva lealtad

Dar a Dios lo que es de Dios: las implicaciones políticas del bautismo de los creyentes

Imagina, si quieres, que estás al borde de un gran abismo. A un lado se encuentra el terreno familiar de la ciudadanía mundana, con su compleja red de lealtades y obligaciones. Al otro, el vasto y a menudo incomprendido paisaje del reino de Dios. El bautismo es el puente que une esta división, invitándonos a cruzar a un nuevo reino de lealtad.

Como proclamó una vez D. S. Warner, destacado líder del Movimiento de Reforma de la Iglesia de Dios: «En el momento en que nos sumergimos en las aguas del bautismo, declaramos que nuestra ciudadanía principal está en el cielo». Este cambio radical de lealtad tiene profundas implicaciones políticas. Ya no podemos considerar a nuestros gobiernos terrenales como los árbitros definitivos de la verdad y la justicia. En cambio, estamos llamados a medir todas las instituciones humanas con la plomada de la justicia de Dios.

Consideremos las palabras de Jesús en Mateo 22:21: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». Esta declaración aparentemente sencilla se convierte en un manifiesto revolucionario cuando se ve a través del prisma del compromiso bautismal. Nos desafía a discernir cuidadosamente lo que realmente pertenece al César y lo que legítimamente pertenece a Dios.

Los dos reinos: Navegar por la ciudadanía terrenal como peregrinos celestiales

Como creyentes bautizados, nos encontramos en la peculiar posición de tener doble ciudadanía. Somos, como nos recuerda el apóstol Pedro, «extranjeros y peregrinos en el mundo» (1 Pedro 2:11). Sin embargo, también estamos llamados a ser sal y luz en este mismo mundo del que estamos alejados. ¿Cómo navegamos por esta tensión?

El gran Agustín de Hipona luchó con esta pregunta en su obra seminal, «La ciudad de Dios». Propuso el concepto de dos ciudades o reinos: la ciudad terrenal gobernada por

el amor propio y la ciudad celestial gobernada por el amor de Dios. Como creyentes bautizados, residimos físicamente en la ciudad terrenal, pero nuestros corazones y lealtades están con la celestial.

Esta doble ciudadanía no es una posición cómoda. A menudo nos pone en conflicto con la cultura predominante e incluso con nuestros propios hábitos y deseos arraigados. Como acertadamente dijo C. S. Lewis: «Si lees la historia, descubrirás que los cristianos que más hicieron por el mundo actual fueron precisamente los que más pensaban en el próximo».

Decir la verdad al poder: la voz profética de la comunidad bautizada

Las aguas del bautismo no solo nos purifican, sino que nos encomiendan una misión. Al igual que los profetas de antaño, la comunidad bautizada está llamada a decir la verdad al poder, a ser una voz que clama en el desierto de la conveniencia política y el compromiso moral.

Este papel profético no tiene que ver con la política partidista ni con alinearse con ideologías particulares. Más bien, se trata de hacer que todos los sistemas humanos rindan cuentas ante los estándares de justicia, misericordia y humildad de Dios. Como nos recuerda Miqueas 6:8: «Él te ha mostrado, oh mortal, lo que es bueno. ¿Y qué pide el Señor de ti? Actuar con justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios».

Daniel S. Warner, esa figura influyente en el Movimiento de Reforma de la Iglesia de Dios, lo entendió bien. Escribió: «La iglesia, lavada en las aguas del bautismo, se erige como un recordatorio constante para los poderes de este mundo de que existe una autoridad superior, un Rey más grande».

Misión encarnada

Cada creyente es un evangelista: la Gran Comisión tomada en serio

El bautismo no es el final de nuestro viaje espiritual, sino el comienzo de una misión para toda la vida. La Gran Comisión dada por Jesús en Mateo 28:19-20 no es una sugerencia para la élite espiritual, sino un mandato para todo creyente bautizado: «Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado».

Esta comisión nos llama a un enfoque encarnacional de la misión. Así como Cristo se hizo carne para revelar a Dios a la humanidad, nosotros estamos llamados a encarnar el evangelio en nuestra vida cotidiana. El misiólogo del siglo XX Lesslie Newbigin lo expresó maravillosamente cuando escribió: «La iglesia es la hermenéutica del evangelio». En otras palabras, la forma en que vivimos nuestro llamado bautismal interpreta y hace tangible la buena nueva de Cristo a un mundo que nos observa.

Sal y luz: preservar e iluminar un mundo en decadencia

Jesús utiliza dos poderosas metáforas para describir el papel de sus seguidores en el mundo: la sal y la luz (Mateo 5:13-16). Ambos elementos son transformadores por naturaleza. La sal preserva y realza el sabor, mientras que la luz disipa la oscuridad y revela la verdad.

Como creyentes bautizados, estamos llamados a ser agentes de transformación en un mundo que a menudo parece estar en decadencia moral y espiritual. No se trata de imponer nuestra voluntad a los demás, sino de vivir de tal manera que el sabor del reino de Dios se vuelva irresistiblemente atractivo para quienes nos rodean.

John S. C. Abbott, un ministro congregacionalista del siglo XIX, capturó maravillosamente esta idea: «La vida bautizada debe ser como una ciudad en una colina, imposible de ocultar. Debe dar sabor al mundo que la rodea con el sabor de Cristo e iluminar los rincones más oscuros con la luz del amor de Dios».

El testimonio del sufrimiento: cuando el bautismo conduce a la persecución

No debemos rehuir la cruda realidad de que tomar en serio nuestros votos bautismales puede conducir a la persecución. El mismo Jesús advirtió: «Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán» (Juan 15:20). A lo largo de la historia, innumerables creyentes han enfrentado oposición, discriminación e incluso la muerte por su fe.

Dietrich Bonhoeffer, el teólogo alemán que se opuso al régimen nazi, lo entendió bien. Escribió: «Cuando Cristo llama a un hombre, le invita a venir y morir». Esta muerte no siempre es física, pero siempre implica morir a nuestro antiguo yo y a nuestras lealtades mundanas.

El testimonio del sufrimiento es un poderoso testimonio del poder transformador del bautismo. Demuestra que nuestra lealtad a Cristo supera todas las lealtades y comodidades terrenales. Como observó el padre de la Iglesia primitiva Tertuliano: «La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia».

Eclesiología radical

La Iglesia libre del control del Estado: implicaciones para la libertad religiosa

El compromiso bautismal con Cristo como nuestra máxima autoridad tiene profundas implicaciones en nuestra forma de entender la relación entre la Iglesia y el Estado. El Movimiento de Reforma de la Iglesia de Dios, con su énfasis en la autonomía de la congregación local, ha defendido durante mucho tiempo el principio de la separación entre la Iglesia y el Estado.

No se trata de crear una sociedad secular desprovista de influencia religiosa, sino más bien de preservar la voz profética de la Iglesia y garantizar que permanezca libre del control o la cooptación del Estado. Como señaló sabiamente James Madison, uno de los padres fundadores

de los Estados Unidos: «El propósito de la separación entre la Iglesia y el Estado es mantener para siempre lejos de estas costas la incesante lucha que ha empapado de sangre el suelo de Europa durante siglos».

Discernimiento congregacional: buscar juntos la mente de Cristo

La comunidad bautizada está llamada a una forma radical de discernimiento comunitario. No somos meros individuos en un camino espiritual personal, sino miembros del cuerpo de Cristo, llamados a buscar juntos su voluntad.

Este proceso de discernimiento congregacional queda bellamente reflejado en Hechos 15, donde la iglesia primitiva se reúne para resolver una importante disputa teológica. La resolución no se produce mediante un decreto jerárquico, sino a través de un debate en oración y la búsqueda del consenso.

Como observó John Howard Yoder, teólogo menonita: «La tarea de la iglesia no es hacer que la historia salga bien, sino ser fiel a quien es el Señor de la historia». Esta fidelidad se discierne y se vive mejor en comunidad.

Disciplina y restauración: el difícil camino de la pureza de la iglesia

Por último, debemos abordar el difícil tema de la disciplina eclesiástica. Las aguas del bautismo nos llaman a una vida de santidad, pero todos tropezamos en el camino.

¿Cómo mantenemos la pureza de la iglesia sin caer en el legalismo o el juicio?

Mateo 18:15-20 proporciona un marco para abordar el pecado dentro de la comunidad, haciendo hincapié en los objetivos del arrepentimiento y la restauración. Este proceso no se trata de castigar, sino de sanar y mantener la integridad de nuestro compromiso bautismal.

Como señaló sabiamente Charles H. Fowler, obispo metodista del siglo XIX: «La disciplina eclesiástica, entendida correctamente, es un acto de amor. No busca condenar, sino restaurar; no excluir, sino abrazar más plenamente».

En conclusión, la profundidad de la vida en el reino nos llama a una reorientación radical de nuestras vidas. Nuestro bautismo no es un mero ritual, sino un acto revolucionario que desafía nuestras lealtades, nos impulsa a la misión y remodela nuestra comprensión de lo que significa ser iglesia. Mientras navegamos por estas aguas profundas, recordemos siempre las palabras de Pablo en Gálatas 3:27: «Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos». Revestámonos bien de Él, encarnando su amor, su justicia y su poder transformador en todos los aspectos de nuestras vidas.

Preguntas para el crecimiento

1. Imagínese a sí mismo de pie al borde del abismo descrito en el texto, con la ciudadanía mundana a un lado y el reino de Dios al otro. ¿Qué lealtades, comodidades u obligaciones personales podrían estar impidiéndole cruzar completamente el puente del bautismo hacia el reino de Dios? ¿Cómo podría el hecho de abrazar su ciudadanía celestial desafiar o transformar estos lazos terrenales?

2. En nuestro complejo mundo, la línea entre lo que pertenece al César y lo que pertenece a Dios a menudo parece difusa. Reflexiona sobre un área específica de tu vida en la que te cuesta discernir entre estos dos ámbitos. ¿Cómo podría aclararte las cosas ver esta lucha a través del prisma de tu compromiso bautismal? ¿Cómo sería dar a Dios lo que verdaderamente le pertenece en esta situación?

3. El texto habla del papel de la comunidad bautizada como voz profética, que exige a los sistemas humanos que rindan cuentas según los estándares de Dios. Piensa en un problema social actual en el que sientas que se están comprometiendo los estándares de justicia, misericordia y humildad de Dios. ¿Cómo podrías, como parte de la comunidad bautizada, decir la verdad al poder en esta situación? ¿Qué costos personales podría implicar esto y cómo te empodera tu ciudadanía celestial para soportar estos costos?

4. Imagina tu vida como una carta, escrita no con tinta, sino con las decisiones que tomas cada día. ¿Qué tan legible es el evangelio en la historia de tu vida? ¿De qué maneras podrías necesitar permitir que el Espíritu Santo edite tu «texto» diario para comunicar más claramente el amor de Cristo a quienes te rodean?

5. En un mundo que a menudo equipara la comodidad con la bendición, ¿cómo desafía tu comprensión del discipulado la cruda afirmación de Bonhoeffer sobre el llamado de Cristo a «venir y morir»? ¿Qué aspectos de tu antiguo yo podría estar invitándote Cristo a dejar morir para que su vida se manifieste más plenamente en ti, incluso si eso te lleva a malentendidos o persecución?

6. En un mundo en el que las líneas entre la iglesia y el estado a menudo se difuminan, ¿cómo podemos nosotros, como seguidores de Cristo, navegar por el delicado equilibrio de estar «en el mundo, pero no ser del mundo»? Considera la metáfora de un barco en el agua: ¿cómo puede la iglesia mantenerse a flote en los mares de la sociedad sin permitir que las aguas de la influencia del estado inunden su casco?

7. Si la iglesia es realmente el cuerpo de Cristo, y cada miembro desempeña un papel fundamental en discernir Su voluntad, ¿cómo podríamos tener que reformular nuestra comprensión de la autoridad espiritual? Reflexiona sobre una orquesta sinfónica: ¿cómo podemos, como instrumentos individuales, aprender a armonizar nuestras diversas voces para crear una melodía que resuene en el corazón de Dios?

Parte IV: El océano de la gracia de Dios

En la vasta extensión del amor de Dios, nos encontramos inmersos en aguas mucho más profundas y profundas de lo que jamás podríamos imaginar. El bautismo, ese acto sagrado de sumersión y emergencia, sirve tanto como símbolo como puerta de entrada a este océano de gracia. Al sumergirnos en este capítulo, consideremos la naturaleza multifacética del bautismo: su significado espiritual, sus implicaciones prácticas y su relevancia en nuestro mundo en constante cambio.

Más allá del legalismo

El peligro de la justicia por las obras: el bautismo como respuesta, no como requisito

En nuestra fragilidad humana, a menudo buscamos cuantificar lo incuantificable, medir lo inconmensurable. Anhelamos una lista de verificación de la salvación, una lista de tareas espirituales que, una vez completada, nos garantice un lugar en el reino. Pero al hacerlo, corremos el riesgo de reducir el magnífico océano de la gracia de Dios a un simple charco de nuestra propia creación.

Consideremos las palabras del apóstol Pablo en Efesios 2:8-9: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y

esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe». Estas palabras sirven como un faro que nos guía lejos de las traicioneras rocas de la justicia por las obras y hacia el puerto seguro del favor inmerecido de Dios.

D. S. Warner, una figura fundamental en el Movimiento de Reforma de la Iglesia de Dios, se hizo eco de este sentimiento cuando escribió: «La salvación no es una recompensa para los justos, sino un regalo para los culpables». El bautismo, entonces, no es un requisito previo para el amor de Dios, sino una respuesta a él: una alegre inmersión en las aguas de la gracia que ya han sido derramadas sobre nosotros.

La necesidad continua de la gracia: la santificación como una inmersión de por vida

Sin embargo, no confundamos el momento del bautismo con la totalidad de nuestro viaje espiritual. Así como una sola gota de agua no constituye un océano, un solo acto de obediencia no abarca todo el alcance de nuestro caminar con Dios. La santificación, ese proceso gradual de volvernos más semejantes a Cristo, es una inmersión de toda la vida en las aguas de la gracia.

John Wesley, cuyas enseñanzas influyeron enormemente en el movimiento de la Santidad, habló de esta obra continua de la gracia: «Dios obra en ti; por lo tanto, tú puedes obrar... De lo contrario, sería imposible que lograses tu propia salvación». Este delicado equilibrio entre el poder divino y el esfuerzo humano nos recuerda que

nuestro crecimiento espiritual es un diálogo continuo con lo Divino.

Mientras navegamos por las corrientes de la vida, debemos recordar que cada día nos ofrece la oportunidad de sumergirnos más profundamente en la gracia de Dios, de permitir que las aguas de Su amor nos moldeen, nos formen y nos acerquen cada vez más a la imagen de Cristo.

Equilibrar la convicción y la compasión: evitar la trampa del fariseo

En nuestro celo por la justicia, debemos tener cuidado con la trampa del fariseo, esa tentación insidiosa de elevar nuestra propia comprensión del bautismo y la salvación por encima de la misericordia ilimitada de Dios. La parábola de Jesús sobre el fariseo y el recaudador de impuestos (Lucas 18:9-14) sirve como un conmovedor recordatorio del peligro del orgullo espiritual.

Como observó sabiamente Adam Clarke, el renombrado teólogo metodista: «Es mucho más fácil convencerse de que somos pecadores y necesitamos la salvación que convencerse de que somos pecadores salvados por la gracia». Esta profunda reflexión nos desafía a abordar el tema del bautismo con convicción y compasión, firmes en nuestras creencias, pero humildes en nuestro enfoque.

Aferrémonos, pues, a la verdad que hemos recibido, pero hagámoslo con las manos y el corazón abiertos,

reconociendo que la gracia de Dios puede obrar de maneras que superan nuestro entendimiento.

Corrientes ecuménicas

Aguas comunes: Encontrar la unidad con otras tradiciones

Mientras navegamos por las aguas a veces turbulentas de las diferencias denominacionales, debemos recordar que todos bebemos de la misma fuente de la gracia divina. Las palabras del apóstol Pablo en Efesios 4:4-6 resuenan con especial fuerza: «Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como fuisteis llamados a una sola esperanza cuando fuisteis llamados; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por todos y en todos».

En el espíritu de esta unidad, consideremos las palabras de H. M. Riggle, otra voz influyente en el Movimiento de Reforma de la Iglesia de Dios: «La iglesia de Dios no es una secta o denominación apartada, sino que está compuesta por todos los redimidos en el cielo y en la tierra». Esta visión inclusiva nos desafía a mirar más allá de nuestras propias tradiciones y reconocer la obra del Espíritu de Dios en diversas expresiones de fe.

Diálogo respetuoso: participar sin transigir

Participar en el diálogo ecuménico requiere un delicado equilibrio: la voluntad de escuchar y aprender, junto con un

compromiso firme con nuestras propias convicciones. Es como caminar sobre el agua: debemos mantener la mirada fija en Cristo para no hundirnos en las profundidades del dogmatismo rígido o del relativismo sin raíces.

El gran apologista cristiano C. S. Lewis nos ofrece aquí su sabiduría: «Espero que ningún lector suponga que el cristianismo "mero" se presenta aquí como una alternativa a los credos de las comuniones existentes... Es más bien como un vestíbulo cuyas puertas se abren a varias habitaciones... Pero es en las habitaciones, y no en el vestíbulo, donde hay chimeneas, sillas y comidas».

En nuestras conversaciones sobre el bautismo con creyentes de otras tradiciones, abordemos el tema con convicción y humildad, reconociendo que, aunque vivamos en «habitaciones» diferentes, todos compartimos el mismo «vestíbulo» de la fe en Cristo.

El reto de las familias interconfesionales: lidiar con las diferencias bautismales

En un mundo cada vez más interconectado, la realidad de las familias interconfesionales presenta tanto retos como oportunidades en lo que respecta al bautismo. ¿Cómo honramos las diferentes tradiciones y mantenemos al mismo tiempo la integridad de nuestras propias creencias?

Aquí podemos inspirarnos en la sabiduría del padre de la Iglesia primitiva, Tertuliano, quien escribió: «No nacemos cristianos, sino que renacemos». Este recordatorio del

poder transformador del bautismo, independientemente de su forma específica, puede ayudarnos a centrarnos en la realidad espiritual esencial en lugar de quedarnos atrapados en las diferencias de procedimiento.

Mientras navegamos por estas aguas turbulentas, dejémonos guiar por el amor, buscando la unidad sin exigir uniformidad, y teniendo siempre presente la exhortación de Pablo en Colosenses 3:14: «Y sobre todas estas virtudes, revestíos de amor, que las une a todas en perfecta unidad».

El bautismo hoy

Redescubrir el discipulado radical en una cultura consumista

En nuestro mundo moderno, donde todo parece mercantilizado y personalizado al gusto individual, nos enfrentamos al reto de preservar la esencia contracultural del bautismo. Este acto sagrado nos llama no a una cómoda conformidad, sino a un discipulado radical, una inmersión completa en el camino de Cristo que a menudo va en contra de las corrientes de nuestra cultura consumista.

Las palabras de Jesús en Mateo 16:24 resuenan con renovada urgencia: «Si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». En un mundo que constantemente nos dice que nos complazcamos a nosotros mismos, el bautismo se erige como un poderoso

testimonio de abnegación y entrega a un propósito superior.

Como escribió Charles E. Brown, un destacado teólogo del Movimiento de Reforma de la Iglesia de Dios: «La iglesia no es un barco de recreo, sino un bote salvavidas». Esta cruda imagen nos recuerda que el bautismo no es simplemente un ritual para sentirnos bien, sino un compromiso de unirnos a la misión de rescate de Dios en un mundo que se ahoga en el pecado y el sufrimiento.

Aguas digitales: el bautismo y la comunidad en un mundo en línea

La revolución digital ha transformado casi todos los aspectos de nuestras vidas, incluyendo la forma en que experimentamos la comunidad y practicamos nuestra fe. En este contexto, ¿cómo preservamos la naturaleza tangible y encarnada del bautismo al tiempo que aprovechamos las oportunidades que nos brinda la conectividad digital?

Si bien la inmersión física sigue siendo fundamental para el acto del bautismo, también debemos considerar cómo los principios del bautismo —la muerte del yo, el renacimiento en Cristo y la incorporación al cuerpo de creyentes— pueden vivirse en los espacios digitales.

Las palabras de Dietrich Bonhoeffer, aunque escritas mucho antes de la era digital, ofrecen una perspectiva relevante: «La Iglesia solo es Iglesia cuando existe para los demás». En nuestras interacciones en línea, ¿cómo

podemos encarnar esta identidad bautismal centrada en el exterior? ¿Cómo podemos utilizar las plataformas digitales no como cajas de resonancia, sino como canales para que las aguas vivas de la gracia de Dios fluyan hacia un mundo sediento?

En palabras del profeta Amós, ¡que «corra la justicia como un río, y la rectitud como un arroyo inagotable» (Amós 5:24), mientras vivimos nuestra vocación bautismal en todos los aspectos de nuestra vida!

Las aguas del renacimiento: comprender el bautismo por inmersión

Al encontrarnos al borde de uno de los actos más profundos en el camino de un creyente, el bautismo por inmersión, nos vemos reflejados en la esencia misma de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Este ritual sagrado, mucho más que un simple gesto simbólico, es una experiencia transformadora que marca la muerte de nuestro antiguo yo y el nacimiento de nuestra nueva identidad en Cristo.

Imaginemos, si se quiere, una oruga entrando en su crisálida. Para el ojo inexperto, podría parecer que la criatura simplemente está descansando, tal vez incluso muriendo. Pero dentro de ese capullo se está produciendo una metamorfosis milagrosa. Esta es la esencia del bautismo por inmersión: un capullo espiritual donde se desprende el antiguo yo y surge una nueva creación.

El apóstol Pablo, en su carta a los romanos, captura maravillosamente este concepto:

«¿No saben que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Por lo tanto, hemos sido sepultados con él mediante el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros podamos caminar en una vida nueva» (Romanos 6:3-4, ESV).

Mientras nos preparamos para este acto sagrado, es fundamental comprender que el bautismo no es un mero ritual, sino una profunda experiencia espiritual. D. S. Warner, una figura fundamental en el Movimiento de Reforma de la Iglesia de Dios, enfatizó este punto cuando escribió:

«El bautismo no es una mera forma, sino una institución divina, cargada de un significado profundo y santo, y llena de grandes bendiciones para todos los que lo reciben con fe».

Entonces, ¿qué se debe esperar durante el bautismo por inmersión? Emprendamos juntos este viaje, paso a paso.

Paso 1. Preparación del corazón

Antes incluso de acercarse a las aguas bautismales, es necesario preparar el corazón. No se trata de una decisión que deba tomarse a la ligera o sin una profunda introspección. Como proclamó Juan el Bautista:

«Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 3:2, ESV).

El arrepentimiento es el suelo en el que se planta la semilla del bautismo. Es un alejamiento de nuestra antigua vida y un compromiso de caminar en una nueva vida con Cristo. Esta transformación interna precede al acto externo del bautismo.

Paso 2. El acercamiento a las aguas

Al acercarte a las aguas bautismales, ya sea un baptisterio construido expresamente en una iglesia, una piscina o un cuerpo de agua natural, recuerda las palabras del profeta Isaías:

«Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te cubrirán» (Isaías 43:2, ESV).

No se trata solo de un viaje físico al agua, sino de una peregrinación espiritual. Cada paso hacia el agua es un paso hacia una nueva vida en Cristo.

Paso 3. La inmersión

El momento de la inmersión es a la vez profundamente sencillo y profundamente complejo. Físicamente, sentirás el fresco abrazo del agua envolviendo todo tu cuerpo. Espiritualmente, estás representando la muerte y el entierro de tu antiguo yo.

Como dijo elocuentemente Charles Spurgeon, el famoso predicador bautista:

«El bautismo es un pacto muy solemne, un revestirse de Cristo, un desafío a los poderes de las tinieblas, un entierro con el Señor, un resucitar con Él, una proclamación al mundo de nuestra unión con Él».

El acto físico de ser sumergido en el agua simboliza ser sepultado con Cristo. Por un breve instante, estás completamente rodeado de agua, aislado del mundo exterior, una poderosa metáfora de la muerte al pecado y al antiguo yo.

Paso 4. La salida

Tan rápido como te sumergen en el agua, te vuelven a sacar. Esta salida del agua es quizás el momento más poderoso de la experiencia bautismal. Simboliza tu resurrección con Cristo a una nueva vida.

El apóstol Pablo lo describe maravillosamente en su carta a los colosenses:

«Habiendo sido sepultados con él en el bautismo, en el cual también fuisteis resucitados con él mediante la fe en el poderoso obrar de Dios, que lo levantó de entre los muertos» (Colosenses 2:12, ESV).

Al salir a la superficie del agua, respira profundamente. Esta es tu primera respiración como nueva creación en

Cristo. El aire que llena tus pulmones es un testimonio de la nueva vida que ahora llena tu espíritu.

Paso 5. Las secuelas

En los momentos posteriores a tu bautismo, es posible que experimentes una variedad de emociones: alegría, paz, una sensación de purificación o incluso una abrumadora sensación de la presencia de Dios. La experiencia de cada persona es única, pero todas son profundas.

Recuerda las palabras de Pedro el día de Pentecostés:

«Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2:38, ESV).

Esta promesa del Espíritu Santo no es solo para la iglesia primitiva, sino para todos los creyentes a lo largo del tiempo. Tu bautismo es una señal externa de una gracia interna, y la morada del Espíritu Santo es parte de esa gracia.

Al concluir esta exploración del bautismo por inmersión, reflexionemos sobre las palabras de Adam Clarke, el renombrado teólogo metodista:

«El bautismo es una prueba permanente de la autenticidad divina de la religión cristiana y un testimonio de la eficacia del evangelio para salvar almas».

El bautismo no es el final de su camino espiritual, sino más bien un nuevo comienzo. Es una declaración pública de su fe, una purificación simbólica del pecado y un compromiso de caminar en una nueva vida con Cristo.

Mientras te preparas para esta profunda experiencia, recuerda que, aunque el acto físico solo dure un momento, sus implicaciones espirituales son eternas. Estás participando en un ritual que te conecta no solo con Cristo, sino con todos los creyentes que te han precedido y con todos los creyentes que vendrán después.

Que tu bautismo no sea solo un momento, sino un compromiso de por vida con el crecimiento, la fe y el servicio en el reino de Dios. Al salir de las aguas, que seas verdaderamente una nueva creación, con lo viejo pasado y lo nuevo llegado (2 Corintios 5:17).

En palabras de Daniel S. Warner, que esta sea tu oración: «Señor, límpiame por completo y hazme un vaso apto para tu uso». Amén.

Al concluir esta exploración del bautismo en el contexto de la gracia ilimitada de Dios, recordemos que estamos llamados a ser no solo receptores de esta gracia, sino también canales de ella. Ya sea que estemos lidiando con el legalismo, participando en el diálogo ecuménico o enfrentando los desafíos de nuestro mundo moderno, que siempre regresemos a las profundas aguas del amor de Dios, permitiendo que nos moldeen, nos guíen y fluyan a través de nosotros hacia un mundo que necesita desesperadamente renovación y esperanza.



Preguntas para el crecimiento

1. La santificación se describe como una inmersión de por vida en la gracia. ¿Cómo podría esta perspectiva desafiar nuestra comprensión del crecimiento espiritual? Reflexiona sobre el proceso de erosión: ¿Cómo podemos permitir que el flujo constante de la gracia de Dios remodele gradualmente nuestro carácter, suavizando nuestras asperezas y revelando la imagen de Cristo que se esconde en nuestro interior?

2. Imagina la Iglesia como un vasto tapiz, tejido con innumerables hilos de diferentes colores y texturas. Cada hilo representa una denominación o tradición diferente.

¿Cómo podría cambiar nuestra perspectiva sobre la unidad ecuménica el hecho de centrarnos en la belleza general del tapiz, en lugar de en los hilos individuales? ¿De qué manera podemos contribuir al intrincado diseño del tapiz sin deshacer el trabajo de los demás?

3. C. S. Lewis presenta la metáfora del cristianismo como un salón con muchas habitaciones. Si tuvieras que diseñar una habitación que representara tu propia tradición religiosa, ¿cómo sería? Ahora, considera lo siguiente: ¿Cómo podría ampliar tu comprensión de la fe que todos compartimos el hecho de salir de tu habitación familiar y pasar tiempo en el salón común? ¿Qué tesoros podrías descubrir en las habitaciones de otras tradiciones que podrían enriquecer tu propio viaje espiritual?

4. Imagina el bautismo como una corriente contracultural en el vasto océano del consumismo. ¿Cómo podría transformar tu relación con el mundo que te rodea sumergirte por completo en esta corriente sagrada? ¿De qué manera abrazar la «muerte del yo» inherente al bautismo podría liberarte de la implacable resaca de la autocomplacencia que promueve nuestra cultura?

5. Si la Iglesia es realmente un bote salvavidas en lugar de un crucero de placer, ¿cómo replantea esto tu comprensión del bautismo y el discipulado? Considera los vastos y tormentosos mares de sufrimiento y pecado que nos rodean. ¿Cómo podrían tus votos bautismales impulsarte a tender una mano a quienes se ahogan en estas aguas, incluso a costa de tu propia comodidad?

6. En nuestra era digital, a menudo navegamos por aguas virtuales. ¿Cómo podemos asegurarnos de que nuestra presencia en línea refleje el poder transformador de nuestro bautismo? Reflexiona sobre las palabras de Bonhoeffer acerca de que la Iglesia existe para los demás. ¿De qué manera tu huella digital puede convertirse en un canal para las aguas vivas de la gracia de Dios, creando ondas de justicia y rectitud en el vasto océano del ciberespacio?

7. El texto habla del bautismo como un «capullo espiritual donde se despoja del viejo yo y surge una nueva creación». Reflexiona sobre este concepto a la luz de las palabras de Pablo en Romanos 6:3-4. ¿Cómo podría influir esta comprensión del bautismo en nuestro caminar diario con Cristo y en nuestro enfoque para vencer el pecado?

8. D. S. Warner describe el bautismo como «cargado de un significado profundo y sagrado». Teniendo en cuenta las cinco etapas del bautismo descritas en el texto (preparación, acercamiento, inmersión, emergencia y secuelas), ¿cómo podría cada etapa contribuir a este «significado profundo y sagrado»? ¿Qué etapa te resuena más personalmente y por qué?

Epílogo: Una carta de sus misioneros

El océano infinito

Reflexión sobre las riquezas insondables de Cristo a las que se accede a través del bautismo

Mientras te encuentras al borde de las aguas bautismales, querido amigo, te encuentras en el umbral de la eternidad. El acto del bautismo por inmersión no es simplemente un ritual religioso, sino un profundo viaje espiritual al corazón mismo de Dios. Es, como lo expresó tan elocuentemente el apóstol Pablo, una participación en la muerte, sepultura y resurrección de Cristo (Romanos 6:3-4).

Imagina, si quieres, que estas aguas que tienes ante ti no están contenidas dentro de las paredes de una iglesia, sino que son las orillas de un océano infinito. Este océano, vasto y profundo, representa el amor y la gracia inconmensurables de Dios. Como escribió una vez D. S. Warner, una figura prominente del Movimiento de Reforma de la Iglesia de Dios: «El océano del amor de Dios no tiene orillas, su gracia no tiene fondo y su poder no tiene límites».

Mientras se prepara para entrar en estas aguas, recuerde las palabras de Jesús a Nicodemo: «En verdad, en

verdad te digo que el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios» (Juan 3:5). Este renacimiento, esta transformación, es lo que le espera bajo la superficie.

El momento de la inmersión es sagrado. Al sumergirte en el agua, eres simbólicamente sepultado con Cristo. El viejo yo, con sus pecados y apegos mundanos, muere. En ese momento, es posible que sientas una sensación de vulnerabilidad, tal vez incluso un miedo fugaz cuando el agua te cubra la cabeza. Es natural, ya que la muerte, incluso la simbólica, puede ser intimidante. Pero recuerda las palabras del salmista: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo» (Isaías 43:2).

En ese breve momento bajo el agua, el tiempo parece detenerse. Estás suspendido entre tu antigua vida y la nueva, entre la muerte y el renacimiento. Es un espacio liminal, una pausa sagrada en el ritmo de la existencia. Aquí, en este útero acuático, estás siendo rehecho.

Al salir del agua, emerges como una nueva creación en Cristo. El apóstol Pablo declara: «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, lo nuevo ha llegado!» (2 Corintios 5:17). Esta emergencia no es solo un acto físico, sino un despertar espiritual. Ahora estás vivo en Cristo, revestido de su justicia.

Charles F. Parham, una figura influyente en el movimiento de la Iglesia de Dios, dijo una vez: «El bautismo es una señal externa de una obra interna». A medida que el agua fluye de tu cuerpo, deja que sirva como un

recordatorio visible de la transformación invisible que tiene lugar dentro de tu alma.

Pero, ¿qué puedes esperar sentir en este momento? Algunos describen una sensación de alegría abrumadora, una ligereza del ser, como si se les hubiera quitado un gran peso de encima. Otros hablan de una paz profunda, una tranquilidad del alma. Otros más dicen sentir una oleada de amor divino, un abrazo casi tangible del Todopoderoso.

Sin embargo, es importante señalar que no todo el mundo experimenta una respuesta emocional intensa. Como observó sabiamente el gran teólogo cristiano Agustín de Hipona: «El sacramento del bautismo es sin duda el sacramento de la regeneración». Esta regeneración, este renacimiento espiritual, se produce independientemente de nuestro estado emocional en ese momento.

Al salir de las aguas, te unes a un linaje de creyentes que se remonta a la iglesia primitiva. El historiador Tertuliano, que escribió en el siglo II, describió a los recién bautizados como «pececillos» que, al igual que Cristo (el gran «Pez»), nacen en el agua. Ahora formas parte de este gran banco de fe, nadando en el vasto océano de la gracia de Dios.

Pero recuerda, querido, que el bautismo no es un final, sino un comienzo. Es el inicio de un viaje de fe que durará toda la vida, una muerte continua al yo y una vida para Cristo. Mientras te secas y te pones ropa limpia, ten presente que también te estás revestiendo del nuevo yo,

«creado para ser como Dios en verdadera justicia y santidad» (Efesios 4:24).

En los días y semanas siguientes, es posible que te sientas más sensible a las indicaciones del Espíritu Santo. Quizás notes un nuevo hambre de la Palabra de Dios, un deseo más profundo de oración y comunión. Acepta estos cambios, porque son señales de tu nueva vida en Cristo.

Sin embargo, no te desanimes si también enfrentas nuevos desafíos o tentaciones. Como señaló sabiamente Martín Lutero: «El bautismo significa que el viejo Adán que hay en nosotros debe ahogarse en el dolor y el arrepentimiento diarios, y morir con todos los pecados y deseos malignos». Este es un proceso diario, un continuo retorno a las aguas del bautismo en nuestros corazones y mentes.

Al reflexionar sobre tu bautismo en los días venideros, recuerda que has sido sumergido en algo mucho más grande que cualquier masa de agua terrenal. Has sido sumergido en el océano infinito del amor de Dios, un amor tan vasto que el apóstol Pablo oró para que los creyentes «comprendieran cuán ancho, largo, alto y profundo es el amor de Cristo, y conocieran este amor que sobrepasa todo conocimiento» (Efesios 3:18-19).

En conclusión, querido hermano o hermana en Cristo, sepan que su bautismo es tanto un final como un comienzo. Es el final de su antigua vida, pero el comienzo de una aventura eterna en el océano infinito de la gracia de Dios. Al navegar por estas nuevas aguas, que puedan

descubrir continuamente las riquezas insondables de Cristo, encontrando en Él las profundidades del amor, la sabiduría y el poder que los sostendrán a través de todos los altibajos de la vida.

Recuerda siempre las palabras de nuestro Señor Jesucristo: «El que crea y sea bautizado, será salvo» (Marcos 16:16). Has dado este paso de fe y ahora, el océano infinito del amor de Dios se extiende ante ti. Sumérgete en lo profundo, nada lejos y nunca dejes de explorar los maravillosos misterios de la vida en Cristo.

En las manos de Su gracia,
Timoteo y Angelita

Índice de las Escrituras:

Estos pasajes constituyen la base bíblica para la exploración profunda y reflexiva del bautismo que se presenta en el texto. Cada versículo está cuidadosamente entretejido en la narración, proporcionando anclajes bíblicos para los conceptos teológicos y espirituales que se discuten. No sirven simplemente como textos de prueba, sino como fuentes de conocimiento, invitando al lector a sumergirse más profundamente en las ricas aguas de las Escrituras y contemplar el profundo significado del bautismo en la vida cristiana.

Parte I: La fuente de la fe:

1. Hechos 8:36-37: «Aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado?». Respuesta de Felipe: «Si crees de todo corazón, puedes».

2. 1 Pedro 3:21: «No es la eliminación de la suciedad del cuerpo, sino la promesa de una conciencia limpia ante Dios».

3. Romanos 6:3-4: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Por lo tanto, hemos sido sepultados con él mediante el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros vivamos una nueva vida».

4. Colosenses 3:1-2: «Puesto que, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra».

5. 2 Corintios 5:17 - «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo!».

Parte II: Los rápidos del discipulado:

1. Mateo 7:13-14: «Entrad por la puerta estrecha. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan».

2. Romanos 12:2: «No os conforméis a este mundo, sino transformaos por la renovación de vuestro entendimiento».

3. Proverbios 27:17: «Como el hierro afila el hierro, así una persona afila a otra».

4. 1 Pedro 2:9 - «Pero ustedes son un pueblo escogido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios, para que proclamen las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable».

5. Mateo 5-7 - (El sermón del monte)

Aunque no se cita explícitamente, se hace referencia a este pasaje en su conjunto.

6. Hechos 2:44-45 - Aunque no se cita directamente, se alude a este pasaje al hablar del enfoque comunitario de la iglesia primitiva con respecto a los recursos.

7. Gálatas 2:20: «He sido crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. La vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó por mí».

Parte III: Las profundidades de la vida en el Reino:

1. Mateo 22:21: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios».

2. 1 Pedro 2:11: «... extranjeros y peregrinos en el mundo».

3. Miqueas 6:8: «Ya te ha mostrado, oh mortal, lo que es bueno. ¿Y qué pide el Señor de ti? Actuar con justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios».

4. Mateo 28:19-20 - «Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todo lo que os he mandado».

5. Mateo 5:13-16 - (Referencia a las metáforas de Jesús sobre la sal y la luz).

6. Juan 15:20 - «Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán».

7. Hechos 15 - (Referencia al proceso de discernimiento comunitario de la iglesia primitiva).

8. Mateo 18:15-20 - (Referencia a la enseñanza de Jesús sobre la disciplina eclesiástica).

9. Gálatas 3:27 - «Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos».

Parte IV: El océano de la gracia de Dios:

1. Efesios 2:8-9: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe».

2. Lucas 18:9-14, aunque no se cita directamente, nos pinta un cuadro conmovedor del fariseo y el recaudador de impuestos, un claro recordatorio de que la verdadera justicia no reside en la apariencia exterior, sino en el clamor humilde de un corazón contrito.

3. Efesios 4:4-6: «Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como fuisteis llamados a una sola esperanza cuando fuisteis llamados; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por todos y en todos».

4. Colosenses 3:14: «Y sobre todas estas virtudes, revestíos de amor, que las une a todas en perfecta unidad».

5. Mateo 16:24: «Entonces Jesús dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”».

6. Amós 5:24: «¡Pero que la justicia corra como un río, y la rectitud como un arroyo que nunca se seca!».

7. Romanos 6:3-4: «¿O no saben que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por lo tanto, fuimos sepultados con él mediante el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros vivamos una nueva vida».

8. Mateo 3:2: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado».

9. Isaías 43:2: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y cuando cruces los ríos, no te cubrirán. Cuando camines por el fuego, no te quemarás; las llamas no te abrasarán».

10. Colosenses 2:12: «Habiendo sido sepultados con él en el bautismo, en el cual también fuisteis resucitados con él mediante la fe en el poder de Dios, que lo levantó de entre los muertos».

11. Hechos 2:38: «Pedro les respondió: “Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo”».

12. 2 Corintios 5:17, aunque no se cita directamente, nos habla de la transformación radical que se produce cuando estamos en Cristo: las cosas viejas pasan, todas las cosas se renuevan, una metamorfosis del alma que nos cambia para siempre.

Epílogo: Una carta de sus misioneros:

1. Romanos 6:3-4: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Por lo tanto, hemos sido sepultados con él mediante el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros vivamos una nueva vida».

2. Juan 3:5: «Jesús respondió: “En verdad te digo que nadie puede entrar en el reino de Dios si no nace del agua y del Espíritu”».

3. Isaías 43:2 - «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y cuando cruces los ríos, no te cubrirán. Cuando camines por el fuego, no te quemarás; las llamas no te abrasarán».

4. 2 Corintios 5:17 - «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo!».

5. Efesios 4:24 - «y revestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad».

6. Efesios 3:18-19: «Para que, junto con todos los santos, podáis comprender cuán ancho, largo, alto y profundo es el amor de Cristo, y conocer este amor que sobrepasa todo conocimiento, a fin de que seáis llenos de toda la plenitud de Dios».

7. Marcos 16:16 - «El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado».

Al reflexionar sobre estos versículos, recordemos que no son meras palabras en una página, sino testimonios vivos y palpitantes del poder transformador del bautismo y de la insondable profundidad del amor de Dios. Que sirvan de ancla para el alma, manteniéndonos firmes en la fe mientras navegamos por las vastas aguas de nuestro viaje espiritual.

Índice de citas:

Estas palabras, amigo mío, no son meras tintas sobre pergamino, sino aguas vivas que fluyen desde el corazón mismo de nuestra fe. Deja que bañen tu alma, limpiando tus dudas y renovando tu compromiso con el reino. Porque en estas palabras encontramos la esencia de nuestra llamada bautismal: una llamada a vivir no para nosotros mismos, sino para Aquel que murió y resucitó. Que estas palabras sean una lámpara para tus pies y una luz para tu camino mientras navegas por las profundas aguas de la vida en el reino.

Parte I: La fuente de la fe:

1. «Cuando vamos a entrar en el agua, pero un poco antes, en presencia de la congregación y bajo la mano del presidente, profesamos solemnemente que renegamos del diablo, de su pompa y de sus ángeles» (Tertuliano, Sobre la corona, 3:2).

2. «La verdadera fe evangélica no puede permanecer inactiva. Viste al desnudo, alimenta al hambriento, consuela al afligido, da cobijo al indigente, sirve a quienes le hacen daño, cura al herido, se ha convertido en todo para todos». (Menno Simons)

3. «Soy el trigo de Dios. Dejad que me muelan los dientes de las bestias salvajes, para que pueda ser hallado como el

pan puro de Cristo». (Ignacio de Antioquía, Carta a los Romanos, 4:1)

4. «El camino de la cruz conduce al hogar». (D. S. Warner)

5. «No tengo constancia de que se nos haya ordenado bautizar a los niños que aún no han alcanzado el conocimiento del bien y del mal... Si no es una orden, ¿qué derecho tenemos a hacerlo?» (Charles Spurgeon)

6. «Cuando Cristo llama a un hombre, le invita a venir y morir». (Dietrich Bonhoeffer)

Parte II: Los rápidos del discipulado:

1. «La Iglesia de Dios está compuesta por todas las personas espiritualmente regeneradas, y es la única y verdadera Iglesia de Dios». - D.S. Warner

2. «Si no hay diferencia entre nosotros y el mundo, ¿por qué no volvemos al mundo?» - Tertuliano

3. «Lo que una generación tolera, la siguiente lo aceptará». - John Wesley

4. «No puedes tener a Dios como tu Padre si no tienes a la Iglesia como tu madre». — Cipriano de Cartago

5. «La Iglesia no es un museo para santos, sino un hospital para pecadores». — Charles E. Brown

6. «Cada miembro del cuerpo de Cristo es un ministro en alguna medida». —A. T. Rowe

7. «Los seguidores de Jesús han sido llamados a la paz. ... Y con ese fin han renunciado a toda violencia y tumulto». - Dietrich Bonhoeffer

8. «La oscuridad no puede expulsar a la oscuridad; solo la luz puede hacerlo. El odio no puede expulsar al odio; solo el amor puede hacerlo». - Martin Luther King Jr.

9. «¿Cómo podemos afirmar que amamos a nuestro hermano si lo vemos necesitado y, sin embargo, cerramos nuestro corazón ante él?». - D.S. Warner

Parte III: Las profundidades de la vida en el Reino:

1. «En el momento en que nos sumergimos en las aguas del bautismo, declaramos que nuestra ciudadanía principal está en el cielo». - D.S. Warner

2. «Si lees la historia, descubrirás que los cristianos que más hicieron por el mundo actual fueron precisamente aquellos que más pensaban en el siguiente». —C. S. Lewis

3. «La iglesia, lavada en las aguas del bautismo, se erige como un recordatorio constante para los poderes de este mundo de que existe una autoridad superior, un Rey más grande». - Daniel S. Warner

4. «La iglesia es la hermenéutica del evangelio». - Lesslie Newbigin

5. «La vida bautizada debería ser como una ciudad en una colina, imposible de ocultar. Debería impregnar el mundo que la rodea con el sabor de Cristo e iluminar los rincones más oscuros con la luz del amor de Dios». —John S. C. Abbott

6. «Cuando Cristo llama a un hombre, le invita a venir y morir». - Dietrich Bonhoeffer

7. «La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia». - Tertuliano

8. «El propósito de la separación entre la Iglesia y el Estado es mantener para siempre lejos de estas costas la incesante lucha que ha empapado de sangre el suelo de Europa durante siglos». —James Madison

9. «La tarea de la Iglesia no es hacer que la historia salga bien, sino ser fiel a quien es el Señor de la historia». - John Howard Yoder

10. «La disciplina eclesiástica, entendida correctamente, es un acto de amor. No busca condenar, sino restaurar; no excluir, sino abrazar más plenamente». - Charles H. Fowler

Parte IV: El océano de la gracia de Dios:

1. «La salvación no es una recompensa para los justos, sino un regalo para los culpables». —D. S. Warner

2. «Dios obra en ti; por lo tanto, tú puedes obrar... De lo contrario, sería imposible que lograses tu propia salvación». —John Wesley

3. «Es mucho más fácil convencerse de que somos pecadores y necesitamos la salvación que convencerse de que somos pecadores salvados por la gracia». —Adam Clarke

4. «La iglesia de Dios no es una secta o denominación apartada, sino que está compuesta por todos los redimidos en el cielo y en la tierra». - H.M. Riggle

5. «Espero que ningún lector suponga que el cristianismo "mero" se presenta aquí como una alternativa a los credos de las comuniones existentes... Es más bien como un vestíbulo cuyas puertas se abren a varias habitaciones... Pero es en las habitaciones, y no en el vestíbulo, donde hay chimeneas, sillas y comidas». - C.S. Lewis

6. «No nacemos cristianos, sino que renacemos». —Tertuliano

7. «La iglesia no es un barco de recreo, sino un bote salvavidas». —Charles E. Brown

8. «La Iglesia solo es Iglesia cuando existe para los demás». - Dietrich Bonhoeffer

9. «El bautismo no es una mera formalidad, sino una institución divina, cargada de un significado profundo y sagrado, y llena de grandes bendiciones para todos los que lo reciben con fe». —D. S. Warner

10. «El bautismo es un pacto muy solemne, un revestirse de Cristo, un desafío a los poderes de las tinieblas, un entierro con el Señor, un resucitar con Él, una proclamación al mundo de nuestra unión con Él». — Charles Spurgeon

11. «El bautismo es una prueba permanente de la autenticidad divina de la religión cristiana y un testimonio de la eficacia del evangelio para salvar almas». - Adam Clarke

12. «Señor, límpiame por completo y hazme un vaso apto para tu uso». - Daniel S. Warner

Acerca del autor



Timothy Downing es un reflexivo escritor cristiano y misionero afincado en Ecuador. Su obra explora profundos temas teológicos a través del análisis de himnos, reflexiones espirituales y observaciones de la vida cotidiana. Los escritos de Downing enfatizan la importancia de la fe, la gratitud y la sencillez en la vida cristiana. Ofrece comentarios perspicaces sobre las Escrituras, las tradiciones cristianas y los retos contemporáneos a los que se enfrentan los creyentes. A través de su sitio web, ourmissionpath.com, Downing comparte su viaje espiritual y anima a otros en su fe.

Otros libros de Timothy Downing. Disponible en amazon.com

- El logos del liderazgo: Encarnar la Palabra en la guía
- Inmersos: Guía de bautismo para la Iglesia de Dios
- Ve donde siembras: Visita a tus misioneros
- Conversaciones feroces: Encender la transformación a través del diálogo divino
- Sabiduría para pastorear almas con valentía
- Disciplina espiritual: Las herramientas de nuestra fe
- Firmes en la promesa: Un viaje a través de 2 Pedro
- Espinas y gloria: Redefinir el poder a la luz de la Cruz
- Tomar decisiones claras
- El divino arte de conversar: Un reflejo de la naturaleza de Dios
- El crisol de la fe: Sabiduría apostólica en tiempos de prueba
- Susurros de las cumbres de obsidiana: Fábulas fantasmagóricas de los rincones olvidados de Ecuador
- Devociones navideñas
- La sagrada confianza: Comentario a Primera de Timoteo
- El espíritu inextinguible: Avivar las brasas de la santa pasión: Comentario y reflexión sobre 2 Timoteo

- Todas las llamas encuentran vida en el fuego: Un estudio del libro de los Hechos, capítulos 1-12
- Todas las llamas encuentran vida en el fuego: Un estudio del libro de los Hechos, capítulos 13-20
- Todas las llamas encuentran vida en el fuego: Un estudio del libro de los Hechos Capítulos 21-28
- Discípulos
- Contendiendo por la fe: Comentario sobre Judas
- Encender la llama: Reavivar la pasión wesleyana en un mundo tibio
- Del Sinaí a la sinapsis: Amar a Dios con toda la mente
- El desafío de Creta: El arte de vivir contraculturalmente: Comentario y reflexión sobre Tito
- Escrito Para Que Creas Comentario y reflexión sobre el Evangelio de Juan Primera parte Juan 1:1-18